

**SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS**  
**HERMANDAD DE LA PASIÓN**  
**(Catedral de Pamplona, 3 de abril de 2026)**

**SEXTA PALABRA**  
**«Todo está cumplido» (Jn 19,30)**

Llegamos a un momento culminante. Después del perdón, de la promesa, del don de la madre, del grito en la noche y de la sed... Jesús pronuncia una palabra breve, pero llena de significado: «Todo está cumplido».

A primera vista, podría parecer una frase de final. Como quien termina una tarea. Como quien dice: «ya está, se acabó». Pero en labios de Jesús, esta palabra no expresa un final vacío... sino una plenitud. No es el agotamiento de quien no puede más. Sino la consumación de quien ha amado hasta el extremo.

Aquí no termina una vida. Aquí se cumple una misión.

Desde el principio, toda la vida de Jesús ha estado orientada hacia este momento. No ha vivido al azar. No ha improvisado su existencia. Ha caminado con una conciencia clara: hacer la voluntad del Padre. Y ahora, en la cruz, puede decir: todo está cumplido.

¿Qué es lo que se ha cumplido? Se ha cumplido el amor. Un amor que no se ha quedado en palabras. Un amor que no se ha detenido ante el rechazo. Un amor que no ha retrocedido ante el sufrimiento. Un amor llevado hasta el extremo. Como dirá el evangelio de Juan: «habiendo amado a los suyos... los amó hasta el extremo».

Jesús dice «todo está cumplido». Porque con su muerte se cumple el designio de Dios de salvar al hombre, el proyecto de amor que atraviesa toda la historia. En la cruz, todo eso llega a su plenitud. Las promesas se cumplen. Las profecías se realizan. El sentido profundo de la historia se revela.

Pero hay algo más cercano a nosotros. Esta palabra no solo habla de Jesús. También nos interpela a nosotros. Porque todos, de alguna manera, estamos llamados a «cumplir» nuestra vida.

Y aquí aparece una diferencia muy importante. Muchas veces confundimos cumplir con simplemente hacer. Cumplir tareas. Cumplir horarios. Cumplir obligaciones. Pero eso no es lo que Jesús ha hecho. Jesús no ha «cumplido» de manera superficial. No ha hecho lo mínimo. No ha vivido desde la apariencia. Ha vivido desde el amor.

Y eso lo cambia todo. Porque una vida no se mide por lo que hace... sino por cómo ama. Podemos hacer muchas cosas... y quedarnos vacíos. Podemos cumplir externamente... y no haber dado el corazón.

Quizá esta palabra nos invita hoy a revisar nuestra propia vida. ¿Desde dónde vivimos? ¿Desde el cumplimiento externo... o desde el amor verdadero? ¿Hacemos lo que tenemos que hacer... o nos implicamos de verdad? ¿Vivimos a medias... o nos entregamos?

Porque el peligro de nuestra vida es quedarnos en la superficie. Hacer sin amar. Cumplir sin implicarnos. Vivir sin profundidad. Y eso, al final, deja un vacío.

La cruz nos propone otro camino. El camino de una vida entregada. No necesariamente haciendo cosas extraordinarias... sino viviendo lo cotidiano con amor. En la familia. En el trabajo. En las relaciones. En lo pequeño de cada día.

Pero hay todavía una dimensión más profunda. Cuando Jesús dice «todo está cumplido», no solo mira al pasado... también abre el futuro. Porque este cumplimiento es el paso hacia algo nuevo. La cruz no es el punto final... es el umbral de la resurrección.

Y esto es muy importante. Porque a veces, en nuestra vida, hay momentos que parecen finales. Fracasos. Pérdidas. Situaciones que se cierran. Y podemos pensar que todo ha terminado. Pero la cruz nos enseña que, cuando una vida se ha vivido en amor, nada termina definitivamente. Todo se transforma. Todo se abre. Todo entra en las manos de Dios.

Señor, enséñame a amar de verdad,  
a no quedarme en la superficie.  
Que mi vida no sea solo cumplir... sino entregarme.  
Que no viva a medias... sino con el corazón entero.  
Y, cuando llegue el momento  
que también yo pueda decir  
que en mi vida he reflejado tu amor.  
Amén.

José Antonio GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA